

De María son aquestas.  
Ella es cuerda, y sabrá bien  
Moderarse, como cuerda.  
El reino puede jurarla,  
Y si, cuando llegue á reina,  
No fuere del reino á gusto,  
Depóngala Inglaterra. —  
Callad y disimulad; [á la Infanta.  
Que tiempo vendrá, en que pueda  
Ese zelo ejecutarse,  
Ser incendio esa centella.  
Cap. ¿Quiere el reino hacer la jura?  
Todos. Sí; pues nuestro Rey lo ordena.

Tom. Con las condiciones dichas.  
Inf. Yo la recibo sin ellas. [aparte.  
[Tocan chirimías, y bésanla la mano, con las ceremonias ordinarias.  
Rey. Ya sois Princesa de Walia  
Jurada, ya Lóndres muestra  
En sus aplausos su gusto.  
Todos. ¡Viva, viva la Princesa  
Muchos años!  
Inf. Dios os guarde.  
Cap. Y aquí acaba la comedia  
Del docto ignorante Enrique,  
Y muerte de Ana Bolena.

## LXXXVI.

## LAS MANOS BLANCAS NO OFENDEN.

## PERSONAS.

CÁRLOS, Príncipe de Visi- niano.	TEODORO, viejo.	LAURA, dama.
CÉSAR, Príncipe de Orbitelo.	PATACON, gracioso.	NISE } CLORI } criadas.
FEDERICO URSINO, galán.	LIDORO, criado.	FLORA } MÚSICOS.
FABIO, galán.	LISARDA } SERAFINA } damas.	

## JORNADA I.

Salen LISARDA y NISE con mantos, y PATA-  
CON, vestido de camino.

Lis. ¿Cuándo parte tu señor?  
Pat. Dentro de un hora se irá.  
Lis. ¿No sabré yo donde va?  
Pat. Aunque arriesgara el temor  
De su enojo, lo dijera,  
Á saberlo, te prometo,  
Ó por no guardar secreto,  
Ó por temer de manera  
Tu condicion siempre altiva,  
Que estoy temiendo, y no en vano,  
Cuando aquesta blanca mano,  
Por blanca que es, me derriba  
Dos ó tres muelas siquiera,  
Como si tuviera yo  
Culpa en que se vaya, ó no.  
Lis. ¿Tras el ausencia primera,  
De que aun hoy quejosa vivo,  
Segunda ausencia previene?  
Pat. ¿Qué le hemos de hacer, si tiene  
Espíritu ambulativo?  
Él no puede estar parado.  
Nise. Para reloj era bueno.  
Pat. Y aunque mas se lo condeno,  
Es á ver tan inclinado,  
Que, solamente por ver,  
De una en otra tierra pasa,  
Siempre fuera de su casa.  
Nise. Malo era para muger.  
Pat. Pues nada á tí te pregunto,  
Calla, Nise; que es en vano  
Querer á mi canto llano  
Echarle tú el contrapunto.  
Nise. Pues yo qué digo?  
Lis. Dejad  
Los dos tan necia porfia,  
Como veros cada dia  
Opuestos; que es necedad  
Insufrible; y dime (ay cielo!)  
¿Dónde Federico está  
Ahora?

Pat. Mientras que va

Lis. Disponiendo mi desvelo  
Maletas y postas, él  
Salió, no sé donde ha ido.  
Pues ya que á verle he venido  
Donde mi pena cruel,  
Si algun alivio me deja,  
Á vista de olvido tanto,  
Sin que yo sepa, que es llanto,  
Llegue él á saber, que es queja,  
Búscales, y dile, que aquí  
Estoy.

Pat. Yo le buscaré,  
Bien que donde está no sé.  
Mas Fabio, que viene allí,  
Quizá lo dirá.

Lis. Aunque Fabio  
No importara que me viera,  
Y vengar en él pudiera  
Con un agravio otro agravio,  
Con todo en la galería,  
Que cae sobre el Po, le espero  
Retirada; que no quiero  
Dar á la desdicha mia  
Otro testigo.

Pat. Detente!

Lis. Por qué?

Pat. Porque en esta parte  
Esconderte hoy, ó taparte,  
Tiene un grande inconveniente.

Lis. Y qué es?

Pat. Que algun entendido,  
Que está de puntillas puesto,  
No murmure, que entra presto  
Lo tapado y lo escondido;  
Y antes de ver en qué para,  
Diga, de sí satisfecho,  
Que este paso está ya hecho.

Lis. En que entra Fabio repara,  
Y no quiero que me vea.

Nise. Tápate, y vente á esconder. —  
Y tú puedes responder,  
Pues que yo no sé quien sea,  
Que, si tapada y cubierta  
Es fácil haga otro tanto,  
Que yo le daré este manto,  
Y aquí se queda esta puerta.

[Escóndense las dos.

Sale FABIO.

Pat. Aunque á estorbaros me aplico,  
No puede mi condicion  
Conseguirlo.

Fab. Patacon,  
¿Adónde está Federico?

Pat. Á buscarle voy; aguarda  
Aquí. — ¡Quiera Dios le halle, [aparte.

Para que pueda avisalle  
Adonde queda Lisarda! [Fase.

Fab. Loco pensamiento mio,  
No te quejarás de mí,  
Porque no fie de tí  
El mal, que de mí no fio;  
Pues cuando pedir pudiera  
Albricias, de que hoy se va  
Quien tantos zelos me da  
Con la mas hermosa fiera  
Destos montes y estos mares,  
No permite mi esperanza,  
Que tome tan vil venganza,  
A costa de los pesares  
De la ausencia de un amigo,  
Á quien ofendió el deseo.  
Y pues á callar me veo  
Obligado, ni aun conmigo  
Lo he de hablar; séllese el labio,  
Y quien alivio no espera,  
Sufra, calle, gima y muera.

Sale FEDERICO con un papel.

Fed. ¿Pues no me avisárais, Fabio,  
Que estábais aquí?

Fab. Ya fue  
Á buscaros Patacon.

Fed. Ociosa es su pretension,  
Si va á otra parte; porque  
En esa cuadra escribiendo  
Á Lisarda este papel  
Estaba, diciendo en él,  
Como ausentarme pretendo,  
Por decirlo algo,.....

Lis. Ay de mí! [al paño.

Fed. Á un negocio, que ha importado  
Para el pleito de mi estado.

Lis. Haslo oido, Nise?

Nise. Sí.  
Por decirte algo, te escribe,  
No mas.

Lis. Ha tirano!

Fab. ¿Pues  
Esa la causa no es  
De la ausencia?

Fed. No; que hoy vive  
Tan muerta la pretension,  
Como viva otra esperanza,  
Cuya vana confianza  
Es iman del corazon.

Tras ella voy, sin saber,  
Si la he de perder ó hallar.  
Tened lástima á un pesar,  
Que el buscarle es su placer.

Fab. No me atrevo á preguntaros  
Nada; que no he de inquirir  
Lo que no queráis decir.

Solo he venido á buscaros,  
Para saber, en qué puedo  
En esta ausencia servirlos,  
Y donde podré escribiros.

Fed. De queja tan cuerda quedo  
Advertido; y porque no  
Se agravie nuestra amistad  
De mi silencio, notad

La causa, que me obligó

Á volver; vereis si es mucha.

Lis. Escucha con atencion.

Nise. Bueno es que él la relacion  
Haga, y digas tú el escucha.

Fed. Ya sabeis, que yo de Ursino  
Habia nacido heredero,  
Si el cielo no me quitara  
Lo que me habia dado el cielo;  
Pues siendo así, que Alejandro,  
De Ursino Príncipe y dueño,  
Siendo hermano de mi padre,  
Y habiendo sin hijo muerto,  
Me tocaba, por varon,  
De aquel estado el gobierno,  
Ó mi desdicha, ó mi estrella,  
Ó mi fortuna ha dispuesto,  
Que Teodosio, Emperador  
De Alemania, á quien por feudo  
Toca la eleccion, por ser  
Colonia del sacro imperio,  
Á mi prima Serafina,  
Que en infantes años tiernos  
Quedó, por muerte del padre,  
En posesion haya puesto,  
Como inmediata heredera,  
Bien que á salvo mi derecho  
Del último poseedor.

¿Mas para qué ahora os cuento

Lo que sabeis? Pues sabeis,

Que nos hallamos á un tiempo,

Ella Princesa de Ursino,

Y yo el mas pobre escudero

De su casa; cuya instancia

Ocasion fue de no habernos

Visto los dos desde entonces;

Que aquel hidalgo proverbio,  
De pleitear y comer juntos,

Solo para dicho es bueno;

Porque no sé, como pueden

Avernirse dos afectos

Conformes al trato, estando

Á la voluntad opuestos.

Con este pesar, por no

Decir, con este despecho,

Que á un ánimo generoso

Nada ha de quitarle el serlo,

Vivi ocioso cortesano

De Milan, adonde, expuesto

Á los desaires de pobre,

Anduve siempre, os prometo,

Vergonzoso, siempre triste,

Melancólico y suspenso;

Que no hay estado en el mundo  
(Perdonen cuantos nacieron

Atareados á su afan)

Peor, que el de pobre soberbio;

Hasta que, pensando un dia

En qué pudiera ser medio

Á mis tristezas, que fuera

Lícito divertimento,

Vine á dar, (fuese locura

Ó inclinacion; que no quiero

Poner en razon ideas

De un ocioso pensamiento)

Que doméstico enemigo

Alimentaba yo mesmo,

En que el vivir ignorado

Seria el mejor acuerdo,

Llevando mis vanidades

Engañadas por diversos

Rumbos; que necesidad

A solas tiene consuelo,  
Pero con testigos no.

¡Mas qué recibido yerro,  
No sentir verla, y sentir  
Ver, que vean que la tengo!  
Esta pues locura, dije  
Antes, y á decirlo vuelvo  
Ahora, á ausentarme, Fabio,  
Me persuadió; á cuyo efecto  
Pedí licencia al cariño,  
Que tuve á Lisarda un tiempo,  
Bien que á pesar del rencor  
De su padre; porque siendo  
En estos bandos de Italia,  
Yo Gebelino, y él Güelfo,  
Declarados enemigos  
Fuimos siempre. ¿Quién vió, cielos,  
En la familia de una alma  
Vivir de puertas adentro  
En un lecho y á una mesa  
Amor y aborrecimiento?  
Deste pues ceño heredado,  
En el litigado pleito  
Se vengó de mí, no como  
Debió un noble; pues habiendo  
Dejado en Milan su hija  
Al abrigo de unos deudos,  
Que en esta ausencia han faltado,  
Por gozar no sé qué sueldos  
Del César, pasó á Alemania,  
Donde á Serafina afecto  
Mas, que á mí, favoreció  
Su partido. Pero esto  
No es del caso; y así vamos  
Á que, á ausentarme resuelto,  
Pedí licencia al cariño  
Que tuve. Advertid, os ruego,  
Pues hablo con vos, y no  
Puede Lisarda saberlo;  
Que deciros que le tuve,  
No es deciros que le tengo,  
Sin que por esto tampoco  
Penseis, que el mudar de afecto  
Nace de aquella ojeriza.  
Y así aquí la hoja doblemos;  
Que, para acudir á todo,  
Yo la desdoblare presto.  
Salí, Fabio, de Milan,  
Solamente con intento  
De complacer el capricho  
De mis locos devaneos;  
Pero apenas ví las cuatro  
Cortes de nuestro emisferio,  
Á quien parece que miran  
Afables cuatro elementos;  
Pues Nápoles, toda halagos,  
En blanda region del viento;  
Toda montes Roma, es  
De la tierra fértil centro;  
Toda mar Venecia, de agua  
Poblacion; y toda fuego  
Sicilia, abrasada esfera:  
Cuando los ojos volviendo  
Á mis sentimientos, ví,  
No enmendar mis sentimientos  
La vaguedad de mi vida;  
Pues antes iban creciendo  
Con la hermosa variedad  
De tanto glorioso objeto;  
Y así traté de volverme;  
Que nunca duran mas que esto  
Veletas, que solo estan  
Contemporizando al viento;  
Si bien otro intento, Fabio,  
Fue causa, pues fue el intento,  
Rematando con las ruinas

De mi poca hacienda, expuesto  
Á hacerme yo mi fortuna,  
Irme á la guerra, que hoy veo  
Que los Alemanes rompen  
Con los Esguizaros. ¿Pero  
Qué mas guerra, que un cuidado,  
Mas asalto, que un deseo,  
Mas campaña, que un amor,  
Ni mas arma, que unos zelos?  
Zelos dije, y amor dije;  
Pues para que veais si es cierto,  
Aquí haced punto; que aquí  
Os he menester atento.  
Volviendo pues á Milan,  
Hube de tocar en pueblos  
Del principado de Ursino,  
Y hallélos todos envueltos  
En públicas alegrías,  
Bailes, músicas y juegos.  
Pregunté la causa, y supe,  
Que era haber cumplido el tiempo  
De su pupilar edad  
Serafina, y que el consejo,  
Que habia hasta allí gobernado  
En forma de parlamento,  
Á otro dia la ponía  
En posesion del gobierno,  
Con calidad, que en un año  
Hubiese de elegir dueño,  
Que los rigiese, por no  
Estar á muger sujetos.  
Á este efecto hacia el estado  
Regocijos, y á este efecto,  
Cuantos Príncipes Italia  
Tiene, á su hermosura atentos  
Mas, que á su estado, (¿qué mucho,  
Si la hermosura es imperio,  
Que se compone de tantos  
Vasallos, como deseos?)  
Procuraban festejarla,  
Siendo de todos primero  
Acreedor de tanta dicha  
Don Carlos Colona, excelso  
Príncipe de Visiniano,  
Que en los comunes festejos  
Tiene el primero lugar.  
Aténgome á su derecho,  
Porque está muy adelante  
El que por casamentero  
Tiene al vulgo; y muy atras  
Quien tiene de un vulgo zelos.  
Añadióse á esta noticia,  
Que Carlos fino y atento  
Un torneo de á caballo  
Mantenía, defendiendo,  
Que ninguno merecia  
Ser de Serafina dueño.  
Quien defiende una verdad,  
Muy poco le debe el riesgo.  
Yo no sé con qué ocasion,  
Pues antes debiera cuerdo  
Huir, Fabio, sus aplausos,  
Para huir mis sentimientos,  
Entré en deseo de ver  
La novedad del torneo,  
Y fui á la corte de Ursino;  
Mas que sin vista, que ciego  
Sigue el dictámen del hado  
Un infeliz, no advirtiendo  
Donde está el daño, ni donde  
Está el favor; porque el cielo,  
Que con letras de oro tiene  
En campo azul sus decretos  
Ya iluminados, no hace

Caso del discurso nuestro;  
Y así el mal y el bien se vienen  
Sucedidos ellos mismos.  
Dígame, porque llegando  
Disfrazado y encubierto  
De noche, hallé la ciudad  
Hecha humano firmamento.  
Los horrores de las sombras  
Con las máquinas del fuego  
Desden hicieron del día.  
Perdone el sol, si me atrevo  
A decir, que si duraran  
Los materiales reflejos  
De tanto esplendor, la aurora  
Misma no le echara menos;  
Pues naciendo no podía  
Darla mas luz, que muriendo.  
De una en otra calle pues,  
Con vista vagueando á tiento,  
Al palacio llegué, adonde  
Tambien informado advierto,  
Que hacia un público sarao  
Las vísperas al torneo,  
Que habia de ser á otro día.  
Aquí entre la gente envuelto  
Mas comun, llegué al salon,  
Donde ví en un trono excelso  
Á Serafina. Esta vez  
El nombre trajo el concepto,  
No yo; y así permitidme  
Decir, ó vulgar ó necio,  
Que era un cielo, y Serafina  
El Serafin de su cielo.  
Ya os dije, que no la habia  
Visto desde sus primeros  
Años; y así la objecion  
No será de fundamento,  
Si dijere, que fue esta  
La primera vez, que atento  
Ví tan cara á cara al sol,  
Que desalumbrado y ciego  
Quedé á sus rayos. No sé,  
Si á las mejoras atiendo,  
Que hallé en su hermoso semblante,  
Que dos manos tiene el tiempo,  
Que una va perfeccionando,  
Cuando otra va destruyendo.  
Mas bien sé, si en las acciones  
De un diestro pintor lo advierto,  
Pues cuando labra estudioso  
Alguna imágen, al lienzo  
Arrima el tiento, y descansa  
Luego la mano en el tiento,  
Cuando no le sale á gusto  
El rasgo, que deja hecho,  
Lo que la derecha pinta,  
Borra la izquierda. Esto mesmo  
Al tiempo sucede; pues  
Cuando en breves años tiernos  
Va ilustrando perfecciones,  
Va la hermosura en aumento;  
Pero cuando no le sale  
Tan á su gusto el objeto,  
Le quita con una mano  
El matiz, que otra le ha puesto;  
Siendo la edad de una dama  
Tabla, en que dibuja diestro,  
Hasta cierto punto, en que,  
De la imágen mal contento,  
Él mismo vuelve á ir borrando  
Lo que él mismo fue puliendo.  
En toda mi vida, Fabio,  
Ví prodigio, ví portento,  
Ví asombro, ví admiracion

De igual hermosura. ¿Pero  
Qué mucho, si en cuatro lustros  
No ha tenido tiempo el tiempo,  
Para que desagradado  
Cualquier rasgo no sea acierto?  
No me quiero detener  
En pintar los lucimientos,  
Bordados, joyas y galas  
De damas y caballeros;  
Porque me está dando prisa  
El mas extraño suceso,  
Que oísteis jamas. Y así baste  
Decir, que, como entre sueños  
Pasó el festin, y la noche  
Quedó en su comun silencio,  
Yo, que saqué dél conmigo,  
Sin saberlo yo, en mi pecho, —  
Un cuidado iba á decir,  
Y no es cuidado; un deseo,  
Y no es deseo tampoco;  
Un afecto, y no es afecto;  
Un agrado, y no es agrado;  
Un tormento, y no es tormento;  
Un no sé qué, — ahora lo dije;  
Pues no sé lo que es, supuesto  
Que miento, si digo gusto,  
Y si digo pesar, miento:  
Tan nuevo huésped del alma,  
Que aposentándole dentro  
Della, aun ella no sabia,  
Si era tristeza ó contento.  
Con este enigma, que aun hoy  
Ni le descifro ni entiendo,  
Á las puertas del palacio  
Me quedé absorto y suspenso,  
Sin saber adonde irme,  
(¿Mas qué mucho, si violento  
Estuviera en otra parte,  
Pues ya era aquella mi centro?)  
Cuando á no pequeño espacio  
Escucho decir al eco  
En desacordadas voces  
De mal formados acentos:  
Fuego! No hube menester  
Segundo informe, supuesto  
Que, para saber adonde,  
Fue oírle y verle tan á un tiempo,  
Que llegó á mí tan veloz  
La llama, como el estruendo.  
El cuarto de Serafina  
Era el que en breve momento  
De alcázar pasó á Volcan,  
De palacio á Mongibelo.  
Todá su fábrica hermosa,  
Ruina del voraz incendio,  
Pirámide era de humo,  
Tan alta, que los reflejos  
De sus erradas centellas,  
Con presuncion de luceros,  
Á pesar del viento, ardian  
De esotra parte del viento.  
Mal hubiese el aparato,  
Mal hubiese el lucimiento  
De tanta encendida antorcha,  
Como le adornó primero;  
Pues descuidada pavesa  
Del abrasado festejo,  
El asunto dió al acaso,  
Y á mí el asunto y el riesgo.  
Pues como mas desvelado,  
Ó mas cercano, creyendo  
Que en otro incendio llevaba  
Perdido á cualquiera el miedo,  
Me arrojé á entrar, y pasando

Del hidrópico elemento  
Las ya destroncadas ruinas,  
Con que voraz y sediento  
Hacia iguales desperdicios  
De lo precioso y lo bello,  
Sin que aquí al oro, allí al jaspe  
Tuviese su red respeto,  
Sin que respeto tuviese  
Su hambre aquí al pulido aseo,  
Ni allí al precioso menage,  
Abrasando y consumiendo  
Desde el dorado arteson  
Al chapeado pavimento,  
Aquí estudios del telar,  
Y allí del pincel desvelos.  
Cielos, piedad! una voz  
En desmayado lamento  
Dijo, cuyo boreal norte  
Me dió en una cuadra puerto,  
Donde Serafina hermosa,  
Casi en el último aliento  
De su vida, sin sentido,  
Duraba con sentimiento.  
Ni bien desnuda, ni bien  
Vestida estaba; que á medio  
Trage debió de cogerla  
El sobresalto, y queriendo  
Escapar, fue de la fuga  
Rémore el desmayo. ¡Ha cielos,  
Y quién supiera pintarla!  
Pero aun contado no quiero,  
Cuando ella se está abrasando,  
Estarme yo discurriendo.  
Con ella cargué en los brazos,  
Y Eneas de amor, rompiendo  
Canceles de fuego y humo,  
Salí al primer patio, á tiempo,  
Que ya la lloraban muerta  
Los que así como la vieron,  
Quitándola de mis brazos,  
Cuidaron de su remedio,  
Albergándola en la casa  
De un anciano caballero,  
Sin que de mí ni mi accion  
Hiciese ninguno dellos  
Caso. ¿Mas qué accion de pobre  
Se ha agradecido mas que esto?  
¿Quién creará, que á quien me quita  
Estado, lustre y aumento,  
Diese la vida? ¿Mas quién  
No lo creará, si, acudiendo  
Ahora á desdoblar la hoja,  
Que dejé, á confesar llevo,  
Que es la causa su hermosura,  
Y no el aborrecimiento  
Del padre, para que echase  
Á Lisarda de mi pecho?  
Diga del primer amor  
Lo que quisiere el mas cuerdo;  
Que en llegando á ver segundo,  
Siempre al segundo me atengo.  
Quien me acuse de mudable,  
Meta la mano en su pecho,  
Y verá, cuantos carinos  
De ayer son hoy cumplimientos.  
En demanda pues de tanta  
Dicha, como me prometo,  
Ó de la locura mia,  
Ó de su agradecimiento,  
Ya que dilató este acaso  
Saraos, justas y torneos,  
Prevenido, como pude,  
De créditos y dineros,  
Galas, armas y caballos,

Declarado amante vuelvo  
Á festejarla y servirla,  
No sin esperanza, puesto  
Que, para que me conozca  
Dueño de su vida, llevo  
Una seña en esta joya,  
Que al quitármela del pecho,  
La quité del pecho yo  
Para testigo y acuerdo  
De mi accion. Fundado en ella  
Y en mi sangre, que en efecto,  
Si arde sin fuego, quizá  
Arderá mejor con fuego,  
He de obligarla.

Salen LISARDA, y quitale la joya, y NISE.

Lis. No harás,  
Ingrato.  
Fed. Qué es lo que veo!  
Lis. Que si no hay otro testigo  
De la deuda, en que la has puesto,  
Sino esta joya, esta joya  
No lo será ya. [Hace que la arroja.  
Fed. ¿Qué has hecho,  
Tirana?  
Lis. Arrojar al Po  
Ese traidor instrumento  
De mi agravio; que si á tí  
Favoreció un elemento,  
Á mí otro, llévase el agua  
Lo que á tí te trajo el fuego.  
Fed. ¡O mal haya la atencion  
De obligaciones, que han puesto  
Lazos al noble en las manos,  
Para no vengar despechos  
De muger! ¡Que vive Dios,  
Que, á no mirar, que me ofendo  
Mas á mí, que á tí, no sé  
Lo que hiciera, al ver, que pierdo  
La mejor prenda del alma!  
Mas yo amaré tan atento,  
Yo idolatraré tan fino,  
Yo serviré tan sujeto,  
Que no me haga falta. Y pues  
Oíste lo que pretendo  
En este papel dorarte,  
Mas, que de fino, de cuerdo,  
Toma el papel á pedazos; [Rómpele.  
Que mas disculpa no quiero  
Ya contigo; y pues el agua  
Hoy te ha vengado del fuego,  
Busca tambien quien te vengue  
De los átomos del viento. —  
Patacon?

Sale PATACON.

Pat. Bien podria hallarte  
Yo allá, estando tú acá dentro.  
Fed. ¿Está ya dispuesto todo?  
Pat. Todo está, señor, dispuesto.  
Fed. Pues llega la posta, y vamos. —  
Á Dios, Fabio. — Y tú, áspid fiero, [á Lisarda.  
Quédate; que, á no mas ver,  
De tu hermosura me ausento. [Vase.  
Pat. Nise, á Dios. Y en esta ausencia  
Una cosa te encomiendo,  
Aforrada della.  
Nise. Qué es?  
Pat. Casta, y no casta. [Vase.  
Nise. Ya entiendo.  
Fab. Bien pudiera yo vengarme,  
Lisarda, de tus desprecios  
Con tus desprecios; mas es  
Noble mi amor, y no quiero,

Que tus sentimientos sean  
Despique á mis sentimientos;  
Y así llóralos sin mí;  
Porque al verte llorar, temo,  
Que á alguna ruindad me obliguen  
O mis zelos ó tus zelos.

Lis. ¿Quién en el mundo se vió  
En igual desaire? ¿Pero  
Cómo cobarde me afiijo,  
Y no animosa me vengo?

Nise. ¿Qué venganza has de tener  
De hombre tan ruin y grosero,  
Como ha andado? Este era el fino?  
Este el rendido? el atento?  
;Ha, fuego de Dios en todos!

Lis. No sé; mas sí sé, pues tengo  
Esta joya, en que fundar  
Mis engaños.

Nise. ¿Cómo es eso?

¿Pues no la arrojaste al río?

Lis. No; porque el fin previniendo  
De que me podía servir,  
Otra, que tenia en el pecho,  
Arrojé, con que sus señas  
Pudo desmentir el viento.  
Y pues lo que en un instante  
Previne, sucede, ea ingenio!  
A nueva fábula sea  
Mi vida asunto; que puesto,  
Que de zelosas locuras  
Estan tantos libros llenos,  
No hará escándalo una mas.

Nise. ¿Qué intentas?

Lis. ¿Desde el primero

Oriente mio no fui  
Vibora, pues que naciendo  
La vida costé á mi madre?  
¿Mi padre entre los estruendos  
De Marte no me crió,  
Por no dejarme á los riesgos  
De los bandos gebelinos,  
Siendo él campeón de los Güelfos?  
¿Segunda naturaleza  
La costumbre no me ha hecho  
Tan varonil, que la espada  
Rijo, y el bridon manejo?  
¿Hoy, apagados los bandos,  
Por ir al César sirviendo,  
En Milan no me dejé,  
Encargada á Filiberto,  
Su hermano? ¿Él en esta ausencia  
Tambien (ay de mí!) no ha muerto,  
Con que estoy libre? ¿Mi primo  
El Príncipe de Orbitelo,  
Á quien su madre ha criado,  
Sin que le haya visto el pueblo,  
Entre sus damas, no es  
Un hermoso jóven bello,  
En cuyo labio la edad  
Aun no dió el perfil primero  
De la juventud? ¿No van  
Á Ursino amantes diversos  
De Serafina?

Nise.

Lis.

Sí. Pues  
Haz de todo esto un compuesto,  
Y sígueme, sin que pongas  
Objecion á mis intentos;  
Que, si no hubiera extrañeza  
En los humanos afectos,  
La admiracion se quedara  
Inútil al mundo; puesto  
Que no hubiera que admirar  
Maravillas y portentos

De un hombre con desengaños  
Y de una muger con zelos.

[Vanse.]

Salen dos Damas con instrumentos, y Teodoro viejo.

Teo. ¿Traeis instrumentos?

Dam. 1. Sí.

Teo. Pues para aliviar su triste  
Pena, en tanto que se viste,  
Podeis cantar desde aqui,  
Ya que experiencia tenemos,  
Que nada pasion tan fuerte,  
Sino el canto, le divierte.

Dam. 2. ¿Qué tono, Flora, diremos?

Dam. 1. El de Aquiles, cuando está  
Sirviendo á Deidamia; pues  
Su letra otras veces es  
La que mas gusto le da.

Teo. Cantad, y sea el que fuere;  
Pues á música inclinado,  
El cielo en ella le ha dado  
Tanta gracia, que prefiere  
Á las aves; y podría  
Ser, que, como os escuchase,  
Cantando él tambien, templase  
Tan grave melancolia.

Dam. [cant.] De Deidamia enamorado,  
Hermosísimo imposible,  
En infantiles años tiernos,  
Estaba el valiente Aquiles.

Sale César vistiéndose.

Ces. ¿De Deidamia enamorado,  
Hermosísimo imposible,  
En infantiles años tiernos,  
Estaba el valiente Aquiles?

[cant.] ¡Ay de mí triste,  
Que mi vida estas voces me repiten!

Dam. [cant.] Tan rendido á sus pasiones,  
Felices ya, ya infelices,  
Que á gusto del pesar muere,  
Y á pesar del gusto vive.

Ces. ¿Tan rendido á sus pasiones,  
Felices ya, ya infelices,  
Que á gusto del pesar muere,  
Y á pesar del gusto vive?

[cant.] ¡Ay de mí triste,  
Que mi vida estas voces me repiten!

Dam. [cant.] Tétis su madre, temiendo,  
Que entre dos muertes peligro,  
La guerra que le amenaza,  
Y la pasion que le affige,  
Porque una no sepa dél,  
Y otra su dolor alivie,  
Para que sirva á Deidamia,  
Trage de muger le viste.

Ces. ¿Para que sirva á Deidamia,  
Trage de muger le viste?

[cant.] ¡Ay de mí triste,  
Que mi vida estas voces me repiten! —

[repr.] Callad, callad; que parece,  
Que el tono y letra, que oí,  
No por Aquiles, por mí  
Se hizo; pues en él me ofrece  
No sé qué sombras la idea,  
Que presumo, que soy yo  
Quien en muger trasformó  
Su madre; pues que desea,  
Que entre mugeres criado,  
De Marte el furor ignore,  
Y melancólico lllore  
Las amenazas del hado,

Sin que á mi dolor penoso  
Alivie el daño; pues dél  
Solo me da lo cruel,  
Y me niega lo piadoso.  
Pues ya que como muger,  
Contra mi ambicion altiva,  
Quiere que encerrado viva,  
Pudiera tambien hacer,  
Que como muger sirviera  
Á otra mas bella, mas rara  
Deidamia, de quien gozara  
Solo la vista siquiera.  
Y puesto que mis tormentos  
Tanto me ahogan, callad,  
Y para siempre arrojad  
Ó rompied los instrumentos;  
Que no quiero, cuando yo  
Lloro un oculto pesar,  
Oír cantar, por no cantar.

Teo. Esto no te agrada?

Ces. No.

Teo. ¿Pues de cuando acá, si el cielo  
De tal gracia te ha dotado,  
Que á tus voces se han parado  
Los pájaros en su vuelo,  
La aborreces, siendo así,  
Que solo el canto solia  
Templar tu melancolia?

Ces. Desde que reconocí,  
Que él la templaba, no quiero,  
Teodoro, usar dél; que es tal  
Mi mal, que solo en mi mal  
Me alivia el ver, que dél muero.  
Y así dejadme morir,  
Sentir, padecer, penar.

¿Qué tono, como llorar?  
¿Qué letra, como gemir?

Teo. ¿Es posible, que de mí  
No te fiarás, pues he sido  
Yo el que solo te ha servido,  
Criado y enseñado?

Ces. Sí.  
De tí me quiero fiar. —  
Salíos las dos allá fuera. —

[Vanse las Damas.]

Oye la piedad primera,  
Que me debe mi pesar.  
Herederero de mi padre  
Quedé, Teodoro, en infancia  
Tan tierna, que no sentia,  
Hasta otro tiempo, su falta.  
Mi madre, guardando noble  
La viudedad de Romana  
Antigua, como matrona  
De su lustre y de su fama,  
Dejó á Milan y á Orbitelo,  
Y reduciendo su casa  
Á moderada familia,  
La traje entre estas montañas,  
Donde Mirafior del Po  
Es tan abreviado alcázar,  
Que apenas sus poblaciones  
De cuatro villanos pasan.  
Cubrió de funestos lutos  
Su vivienda, con tan rara  
Austeridad, que aun al campo  
Apenas dejó ventana.  
En esta soledad y este  
Retiro fue mi crianza  
Del delito del nacer  
Una prision voluntaria.  
En ella, que, aunque lo sepas,  
No importa el decirlo nada,  
Puesto que un triste, aunque diga

Lo que se sabe, descansa,  
Con tan grande, con tan ciega  
Terneza me mira y ama,  
Que el aire, que apenas pase  
Junto á mí, la sobresalta.  
Si alguna tarde la pido  
Licencia para ir á caza,  
Aun los conejos presume,  
Que son fieras que me matan;  
Y lo mas que me concede,  
Es, cuando mas se adelanta,  
Chucherías de las aves,  
Varetas, ligas y jaulas.  
Si á las orillas del río  
Salgo á pescar con la caña,  
Desvanecido en sus ondas,  
Temiendo queda que caiga.  
Verme arcabuz en las manos,  
Es llorar que se dispara,  
Ó se revienta. Si vé,  
Que algun caballo me agrada,  
Por manso que sea, presume,  
Que se desboca y me arrastra.  
Espada no me permite  
Traer, siendo así, que la espada  
Á los hombres, como yo,  
Se ha de ceñir con la faja.  
La familia, que me asiste,  
Solo es de dueñas y damas,  
Y solo lo que de mí  
La gusta, es tocar un arpa,  
Á cuyo compas tal vez,  
Porque buscando esta gracia  
Á otra, quizá dió conmigo,  
Llora mi voz lo que canta.  
Á tí solo, por no hallar  
Muger en el mundo sabia,  
Que, si la hubiera en el mundo,  
Sin duda es, que la buscara,  
Me dió por maestro, de quien  
He aprendido lo que llaman  
Buenas letras; de manera,  
Que hijo de viuda es tanta  
La atencion con que me cria,  
El temor con que me guarda,  
Que presumo, que la misma  
Naturaleza se agravia,  
Quejosa de que el cabello  
Crecido y trenzado traiga,  
Y por eso no ha querido  
Brotar, Teodoro, en mi cara  
Aquella primera seña,  
Que á la juventud esmalta.  
Dejemos en este estado  
La desdicha de que haya  
Crecido un hombre á no mas  
Que á crecer, sin que le haga  
Pasage la edad, á que  
Á ver sus iguales salga;  
Y vamos á otro suceso,  
Cuya novedad extrana,  
Criándola, como me crian,  
Nunca ha salido del alma.  
Serafina, que hoy de Ursino  
Es Princesa propietaria,  
Vencido el pleito, de que  
Tú fuiste parte contraria,  
Pues de Federico amigo,  
Ayudaste sus instancias,  
Cuya ojeriza te tiene  
Sin tu familia y tu casa,  
Y confiscada tu hacienda,  
Desterrado de tu patria,  
Á besar la mano al César,

Que en esta ocasion se hallaba  
En Milan, porque viniendo,  
Llamado de la arrogancia  
Del Esquizaro rebelde,  
Dar quiso una vuelta á Italia,  
Pasó á vista de Belflor,  
Adonde mi madre trata,  
Por deudo ó por amistad,  
Aquella noche hospedarla.  
Vila, Teodoro, y ví en ella  
La beldad mas soberana,  
Que pudo en su fantasia,  
Lámina haciendo del aura,  
Del pensamiento colores,  
Jamás dibujar la varia  
Imaginacion de quien  
Piensa en lo que á ver no alcanza;  
Si ya no es, que, como era  
Mi pecho una lisa tabla,  
En quien amor no habia escrito  
Ningun mote de sus ansias,  
Sin ser menester borrar  
Líneas de primera estampa,  
Pudo escribir fácilmente,  
Y escribió: muera quien ama.  
Apenas besé su mano,  
Cuando mi madre me manda  
Retirar, por dar lugar  
Á que descansen en la cama.  
Tan breve fue la visita,  
Que pienso, que, si tornara  
A verme, no era posible  
Que me conociese. ¡O cuánta  
Debe, Teodoro, de ser  
La no medida distancia,  
Que hay desde el ver al mirar!  
Dígalo el que viendo pasa,  
Ó el que mirando se queda;  
Pues siendo una cosa entrambas,  
Uno esculpe en bronce duro,  
Y otro imprime en cera blanda.  
Tan triste salí y tan ciego  
De haberla visto, y dejarla,  
Que, curiosamente osado,  
Dando la vuelta á una cuadra,  
Que á su hospedage salia,  
Á la breve luz escasa  
De la llave de la puerta  
Falseó mi vista las guardas.  
De sus prendidos adornos  
Fue despojando bizarra  
El cabello; y viendo yo,  
Que á cada flor, que quitaba,  
Iba quedando mas bella,  
Dije: sin duda es avara  
La hermosura allá en el mundo,  
Pues sobre perfeccion tanta,  
Pidiendo ayuda al aliño,  
Pide lo que no le falta.  
Apenas él se vió libre  
De trenzas y de lazadas,  
Cuando empezó á desmandarse  
Por el cuello y por la espalda.  
Perdone esta vez Ofir,  
Peinado monte de Arabia,  
Porque esta vez no han de hilarse  
Sus hebras en sus entrañas.  
De negro azabache era  
Hondeado golfo, y con tanta  
Oposicion por la nieve,  
Ó se encoge, ó se dilata,  
Que, cuando la blanca mano  
En crencha al lado le aparta,  
Jugando siempre el dibujo

De la frente á la garganta,  
De ébano y marfil hacia  
Taracea negra y blanca.  
Á fácil prision reduce  
Una cinta la arrogancia  
De aquel desmandado vulgo,  
Tras cuya accion se levanta  
Con tal gala, que no era  
Para quedarse sin gala.  
Lo que dijera no sé  
De una pollera, que á gayas,  
Siendo primavera de oro,  
Brotaba flores de plata.  
No sé (ay Dios!) lo que dijera  
De un guardapie, que guardaba  
No sé qué cendal azul,  
No sé qué rasgo de nácar,  
De cuyos jazmines era  
Boton un átomo de ámbar,  
Si no fueras tú (ay de mí!)  
Teodoro, el que me escucharas.  
Que canas y dignidad  
De maestro me acobardan,  
Y no suenan bien verdoros,  
Donde hay dignidad y canas.  
Y así diré solamente,  
Que apenas se vió acostada,  
Cuando sirviendo la cena  
De mi madre las criadas,  
Dejándome con la noche,  
Ella se fue con el alba.  
Como quedé no te digo;  
Tú que lo imagines basta;  
Pues eres testigo fiel  
De mis repetidas ansias.  
Murierame de tristeza,  
Si en un acaso no hallara,  
Para engañar al dolor,  
Tan pequeña circunstancia,  
Como fue, que, hablando della  
Mi madre, dijo una Dama:  
No era mala la Princesa  
Para hija. Á que recatada  
Respondió con falsa risa:  
¡Quién con la piedra encontrara  
Filosofal del amor!  
¡Que á fe que no fuera falsa! —  
¡Qué bien contento es un triste!  
Pues cuando de darle tratan  
Algun alivio á su pena,  
Cualquiera cosa le basta.  
Dígolo, porque sobró,  
Dicha sola una palabra,  
Para que yo no muriese,  
Á cuenta desta esperanza.  
Pero aun este breve alivio  
Ya de entre manos me falta,  
Pues ya sé, la culpa tuvo  
Leer tú en público la carta,  
Que á Serafina pretenden  
Cuantos Príncipes Italia  
Tiene, á cuyo efecto es toda  
Su corte saraos y danzas,  
Máscaras, justas, torneos,  
En que todos se señalan,  
Porque, zeloso de todos,  
Muera en mi desconfianza.  
Mil veces me hubiera huido  
Desta prision, que me guarda,  
Si presumiera de mí,  
Que yo pudiera agradarla.  
¿Mas dónde he de ir, si criado  
Entre meninas y damas,  
Sé de tocados y flores

Mas, que de caballos y armas?  
¡Mal haya, no el amor digo  
De mi madre; mas mal haya,  
Dejando en salvo su amor,  
De su amor la circunstancia!  
Pues ella, para que tema  
Verme en público, me ata  
Las manos. Esta es mi pena,  
Este mi dolor, mi ansia,  
Mi tristeza, mi desdicha,  
Mi mal, mi muerte y mi rabia.  
Teo. De todo cuanto me has dicho  
No he de responderte á nada,  
Sino á aquel punto no mas  
Que tocaste, en que yo, á causa  
De amigo de Federico,  
Ausente estoy de mi patria.  
Ces. ¿Pues qué me importa á mí eso?  
Teo. El todo de tu esperanza.  
Ces. Cómo?  
Teo. Como interesado  
Soy en que tú á Ursino vayas;  
Pues si por dicha lograses  
Tú el fin de dicha tan alta,  
Templará tu casamiento  
De Serafina la saña,  
Y yo volveré á vivir  
Con mi familia y mi casa.  
Ces. Supongo que tú me ayudes  
Á que desta prision salga,  
¿Qué he de hacer yo en el concurso  
De tantos como la aman,  
Si apenas los nombres sé  
De lo que es tela ó es valla?  
Y si la verdad confieso,  
Solo el pensarlo me espanta;  
Que no en vano á la costumbre  
Todos en el mundo llaman  
Segunda naturaleza.  
Teo. Mira, amor vuela con alas  
Ocultamente; y así  
Nadie vé por donde anda.  
Esto es decirnos, que siempre,  
Con sus elecciones varias,  
Tal vez le agrada lo fiero,  
Tal vez lo hermoso le agrada,  
Tal le complace lo altivo,  
Y tal lo altivo le causa.  
Siendo así, no desconfies,  
Que tu hermosura y tu gracia;  
Y mas si es, que alguna vez,  
Donde ella lo escuche cantas,  
Podrá ser, que la enamores  
Mas por las delicias blandas,  
Que esotros por los estruendos.  
Angélica lo declara;  
Hermoso quiso á Medoro  
Mas, que á Orlando altivo. Trata  
De enamorarla tú el gusto,  
Podrá ser que, si es que alcanza  
Mas lo bello en los festines,  
Que lo fiero en las campañas,  
Lo que una Angélica hizo,  
Una Serafina haga.  
Vente conmigo; que yo  
Te pondré en Ursino casa.  
Tu madre, viéndote allá,  
Es preciso que te valga  
De todos tus lucimientos.  
Y pues que la edad te salva  
De torneos y de justas,  
Apela para las galas,  
El ingenio y la belleza;  
Y cuando no logres nada,

¿En qué peor estado entonces  
Te hallarás, que el que hoy te hallas?  
Ces. Dices bien, y las acciones,  
Que tocan en temerarias,  
No se han de pensar; y así,  
¿Cuándo quieres que me vaya?  
Teo. Esta noche; y pues yo tengo  
Llave, que á tu cuarto pasa,  
Abierto estará; teniendo  
Puesta en la sirga una barca,  
Que el Po abajo nos conduzca  
Á la quinta, en que hoy se halla  
Serafina, en tanto que  
La ruina del cuarto labran.  
Ces. Sola una dificultad  
Resta ahora, para que salga.  
Teo. Qué es?  
Ces. Que es preciso que pase  
Por delante de la cama  
De mi madre; y si me vé  
Salir, es fuerza la haga  
Novedad.  
Teo. ¿No habrá un disfraz,  
Con que á aquella luz escasa,  
Que la queda, no conozca,  
Que tú seas el que pasa?  
Ces. Sí; y el disfraz ha de ser.....  
Teo. Qué?  
Ces. Que á la dama de guarda,  
Que duerme allí, quitaré.....  
Voz [dent.] César!  
Ces. Mi madre me llama.  
Teo. Responde, porque no entienda  
De nuestro secreto nada.  
Ces. Pues á Dios.  
Teo. En qué quedamos?  
Ces. En que saldré, aunque me haga  
Injuria el disfraz que pienso.  
Teo. Antes viene bien la traza,  
Para que no te conozcan,  
Aunque en tus alcances vayan.  
Ces. Pues espérame; y á Dios.  
Teo. En vela mi amor te aguarda.  
Ces. ¡O quiera el cielo, que logre  
Mi amor por tí esta esperanza!  
Teo. ¡O quiera el cielo, que vuelva  
Por tí yo á gozar mi patria. [Vanse.]

Salen SERAFINA, LAURA y CLORI.

Laur. Ya que tus melancolías  
Te traen al campo, señora,  
No llores con el aurora,  
Pues hay alba con quien rias.  
Sera. Mal de las tristezas mias  
El pesar podrá aliviar  
Risa ó llanto.  
Clor. Eso es mostrar,  
Que no hay ni puede haber  
Á quien dé vida el placer,  
Si á tí te mata el pesar.  
Sera. Por qué?  
Clor. Porque, si tu estrella,  
Señora, á verte ha llegado  
Tan ilustre por tu estado,  
Por tu perfeccion tan bella,  
Y tú formas queja della,  
¿Quién con la suya estará  
Contenta?  
Sera. Mas que me da  
Mi estrella, Clori, me quita  
Quien hacerme solicita  
Certámen de amor; y ya